

Presentación del libro-homenaje

***Ad Orientem*, Homenaje a Juan A. Fernández-Tresguerres Velasco**

Oviedo, 25 de Junio de 2012

Fr. Javier Carballo, O.P.

- Agradezco muy sinceramente la invitación a intervenir en esta presentación del libro *Ad Orientem*, en homenaje merecido al querido profesor Tresguerres. Lo hago en nombre del convento de Santo Domingo de Oviedo, la comunidad que tanto ha sentido la ausencia de Juan en este último año. Lo hago también en nombre de los frailes de nuestra Provincia dominicana de España. Algunos han querido unirse a este emotivo acto viajando desde otras partes de España. Es un gesto de cariño y de justo reconocimiento, también de agradecimiento a lo mucho que Juan supo aportar a nuestra Provincia y a lo que ha significado su vida y vocación entre nosotros.
- Ante todo quiero dar las **gracias** en nombre de los dominicos (y por tanto, en nombre del propio Juan Tresguerres) a quienes han hecho posible este libro-homenaje. En primer lugar a los autores que, con gran generosidad, han colaborado para hacer realidad este libro y este homenaje. Agradecimiento que hago extensible a las entidades que han aportado los recursos necesarios para la edición del libro, en estos tiempos tan menesterosos. Muy especialmente quiero dar las gracias al profesor y amigo Juan Muñiz, verdadero impulsor y artífice de este libro-homenaje y de este acto.
- El último capítulo provincial de los dominicos de la Provincia de España solicitó el más alto título de reconocimiento académico de nuestra Orden, el de Maestro en Teología, para tres frailes. Uno de ellos era Juan Tresguerres. Las sorprendentes coincidencias han hecho que, después de un largo proceso de estudio y diversas aprobaciones, el Maestro de la Orden lo concediese precisamente la semana pasada a los otros dos frailes. No hemos llegado a tiempo para que Juan lo recibiera. Estamos

seguros de que así hubiera sido si aún estuviera entre nosotros. No obstante, como la vida con su providente azar coloca las cosas en su sitio sin que sepamos cómo, tal vez para Juan Tresguerres no era lo más apetecible ir a Salamanca para recibir el nombramiento. (Como estamos en confianza puedo traer a colación que los recuerdos que Juan tenía del convento de San Esteban en Salamanca, de su tiempo de estudiante de teología, eran los de la “nevera del tomismo”... ¡y no sólo del tomismo a la vista del frío que debió de pasar! Aunque, para decirlo todo, seguramente hubiera ido ahora con mejor ánimo ya que allí está de prior su amigo, el P. Lastra). Sí estoy seguro de que Juan hubiera preferido este encuentro aquí, en **Oviedo**, en su **universidad**, rodeado de amigos, colegas, discípulos, familiares y hermanos dominicos en un sencillo acto académico y familiar.

- Los que conocimos a Juan sabemos bien que era una persona renuente al protagonismo y prefería situarse en la discreción. Por ello, el regalo simbólico de agradecimiento y de justicia no podía darse más que en el modo de un **libro** que trate, con la mayor seriedad, de las cosas que a él le han preocupado y ocupado en su vida intelectual, docente e investigadora. Nuestra deuda de gratitud sólo puede saldarse correspondiendo con la misma moneda, prolongando sus estudios y su estilo de seriedad en el modo de ser profesor y de ser dominico. En este sentido, el libro que hoy presentamos cumple dos objetivos fundamentales: convocar a un gran número de amigos –compañeros, colegas y discípulos- de Juan y, al mismo tiempo, un libro que está a la altura de la calidad y excelencia del homenajeado.
- La vocación de Juan se podría resumir como una “**vocación de seriedad**”, que no quiere decir tristeza ni falta de humor. Al menos, no lo quiere decir en su caso. Una seriedad que fue madurando y dando fruto, sobre todo, en tres ámbitos: en la búsqueda de la verdad, en su forma de ser fraile dominico y en su vocación universitaria. (1) La **búsqueda de la verdad** no fue para Juan un mero diletantismo o entretenimiento: la verdad necesita del esfuerzo, del trabajo constante y perseverante, disciplinado y arduo, para poder aflorar. La seriedad es la patria de la búsqueda de la verdad, y Juan supo poner en ella su tienda. De ahí su honestidad y veracidad de vida, su gusto por la reflexión, por la conversación culta, y también su inclinación al silencio para permitir que

lo auténtico aflorase. Búsqueda de la verdad que es desvelamiento: dejar que las cosas nos hablen y nos revelen los misterios que encierran. Por ello, no es extraño que su modo personal de búsqueda de la verdad se dirigiese al ámbito de la arqueología y la prehistoria. Como dice en el libro su amigo dominico Jean-Batiste Humbert: “Para Juan, la arqueología no fue un fin, sino un medio para comprender la vida en su parte más profunda y auténtica”. Comprender la vida y buscar la verdad, en sentido bíblico, significa “hacer memoria”, pero no de los poderosos y grandes de este mundo, sino de la historia de la Alianza de un pequeño e insignificante pueblo con su Dios y memoria de los olvidados cuyo clamor de justicia nos sigue interpelando. “¿No es acaso el arqueólogo –se pregunta su amigo y hermano Jean-Batiste- quien escucha la voz de los hombres antiguos, olvidados?”. La vocación del arqueólogo y la tradición bíblica coinciden en un sentido de la verdad como recuperación de la memoria humana, que funciona como “hilo conductor” del proceso de humanización de la vida.

- (2) El segundo ámbito en que Tresguerres ha ejercido la seriedad es en su **vocación de fraile**. Juan ha sido seriamente dominico. *Veritas* es el lema de nuestra Orden Dominicana. Querer buscar la verdad seriamente le condujo al estilo de vida de nuestra Orden y al modo dominicano de entender y ejercer la predicación. De Santo Tomás de Aquino aprendió que la verdad sólo se puede buscar apasionadamente; que exige la dura disciplina del estudio continuo; que hay que aceptarla venga de donde venga, ya que donde hay algo de verdad ahí está el Espíritu. Igualmente, asumió que la verdad no es para brillar sino para iluminar, no es para lucirse uno ni para deslumbrar, sino para avanzar juntos. De ahí que entendiera su vocación académica como un verdadero servicio a los demás y a la causa del Espíritu. Entre nosotros, Juan no ha sido un hombre volcado en el pasado ni encerrado en sus ideas, sino imaginando nuestro futuro común y construyendo fraternidad. Eso sí, con su estilo, podemos decir, “arqueológico”: acercándose al otro con respeto, sin invadir su libertad, a veces con la oportuna distancia, sin apabullarnos –y podía haberlo hecho- con su amplia cultura y conocimientos. Un hermano justo, conversador, de probada lealtad. En una palabra: seriamente dominico.

- (3) Por último, Juan encarnó una auténtica y seria **vocación universitaria**. Ahí está su entrega a la docencia: desde la preparación minuciosa de las clases, hasta los proyectos arqueológicos tan burocráticos pero a la vez tan ilusionantes para los alumnos. Sin duda, nos ha enseñado el valor de la excelencia en la sencillez, sin ambiciones ni protagonismos, sin otra pretensión que la de servir a sus alumnos y a la institución. Porque Juan no fue de los que se aprovechó de la universidad. Juan fue de aquellos que se esmeran en dar prestigio y calidad a la universidad. Como profesor ha sido valorado y reconocido, más aún por aquellos alumnos con una vocación de estudio e investigación más clara y definida. Tresguerres representa la vocación auténticamente universitaria, y como tal no podemos entender su labor académica al margen de sus colegas y sus alumnos, como muy bien refleja el libro que hoy se presenta.

- Para terminar, quisiera subrayar que toda su vocación se podría sintetizar como una **seria vocación “ad orientem”**, como reza el afortunado título del libro, de evidentes resonancias religiosas y litúrgicas. Los judíos, dondequiera que estén, oran en dirección a Jerusalén, y los musulmanes, mirando a la Meca. Su relación con Dios, la relación orante, debe pasar siempre por el lugar sagrado de su religión, al menos en la orientación del cuerpo. Sin embargo, los cristianos no oran en dirección a ningún templo, sino mirando a oriente (“*ad orientem*”): mirar al sol naciente que triunfa sobre la noche simboliza a Cristo resucitado, y es considerado como signo de un retorno. El cristiano expresa en su postura orante la dirección hacia el Resucitado, verdadero punto de referencia de la vida. La orientación al este ha sido durante siglos la ley básica de la arquitectura cristiana y de su liturgia, para simbolizar la soberanía del Dios Creador y la luz de Jesús Resucitado que, como sol naciente, ilumina a todo ser humano que viene a este mundo. Así pues, el título insinúa una historia de esperanza y una tradición de confianza a la que ha pertenecido Juan. “*Ad orientem*” refleja de dónde viene la luz de la sabiduría y el calor de la amistad que esta tarde, con emoción y agradecimiento, reconocemos haber recibido del profesor y amigo fray Juan Antonio Fernández-Tresguerres.